

## UN ESTUDIO SOBRE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Ramón Emilio Reyes



USPICACES enemigos de la cultura han pretendido establecer una supuesta vinculación marxista con el pensamiento de Henríquez Ureña. Pero ¿cómo va a ser marxista un hombre que considera a Cervantes el mejor escritor de la lengua? ¿Cómo va a serlo quien se pronuncia en contra de la leyenda negra? ¿De qué manera va a sustentar esas ideas el que cree en el poder creador del idioma y lo demuestra elocuentemente en su propia obra? No puede ser marxista este autor que a cada paso de su prosa firme proclama sobriamente la grandeza de los Estados Unidos de América. El único país donde la libertad ha encontrado su suelo auténtico. La libertad no se ha creado allí, pero sólo allí existe plenamente. La estatua de la libertad no es un símbolo poético enclavado entre rascacielos, es un apoyo decidido a esa condición humana en este mundo donde cada vez existe más libertad expresiva y menos libertad real. Pedro Henríquez Ureña será un hombre libre, pero nunca un enemigo solapado de la libertad.

La vida de Pedro Henríquez Ureña revela puntos

comunes con la de todos los verdaderos intelectuales de este país, y con la de los intelectuales de los países de América Latina, así como la de los de todos los países subdesarrollados del mundo.

Esos puntos comunes son esencialmente dos:

1ro.: La gran cantidad de dificultades dentro de las cuales deben subsistir para realizar sus actividades de cultura.

2do.: La constante preocupación por el orden. Ese afán de organizar las ideas y las cosas ante el miedo más lógico a que un caos cultural nos lleve a la dislocación del pensamiento y de la vida, ocasionando una calamidad lingüística de proyecciones graves. De modo que esos puntos comunes son las dificultades y el deseo de orden.

Por el primero de esos puntos comunes, en los diversos reclamos que ahora se levantan, incluyendo la preocupación manifestada por la Universidad que lleva su nombre, a Pedro Henríquez Ureña podría proclamársele como el Cristo de nuestras vicisitudes intelectuales. Porque en su figura ya histórica vive el símbolo del hombre sacrificado por ser sensible y justo, culto y veraz.

En cambio, por su segunda cualidad, es el hombre más culto de nuestra historia.

Hoy enfocaré mi estudio sobre esta última condición ordenadora de Henríquez Ureña, porque no creo que éste sea el mejor momento para hablar de vicisitudes; el aliento de mis reclamos se ahogaría, me faltarían las fuerzas porque la mía no es sólo una identificación con esos reclamos, sino una vivencia que restaría objetividad crítica a mi exposición.

Esas vicisitudes a causa de las cuales frecuentemente el intelectual vive bamboleándose entre urgencias vitales, constituyen un arma de dos filos; porque la intranquilidad del hombre que piensa, de una u otra forma crea el desasosiego del medio en que vive, producto indirecto de su pensamiento.

No es nada bueno moverse de inquietud en inquietud a causa de tergiversaciones verbales y sustos lingüísticos, recibiendo como único pago un rosario de famas famélicas que en nada alivian las necesidades físicas.

## Recinto San Juan

# BIBLIOTECA

Ver la familia dividida por la intriga que toca a sus puertas embozada bajo la insidia más clandestina. Recibir el "cortés" desprecio de quienes no aceptan el lenguaje correcto del maestro o su capacidad o la bondad de un alma fortalecida por la cultura. Imposible crecer en un ambiente donde enseñar sea una espina que entre en la salud en vez de un alimento para la existencia. Y urgido por las ansias más elementales, esperar y esperar frente a una pantalla de planes que se frustran y seres queridos que perecen.

Comprobar que no se da valor *per se* al producto del intelecto, sino a lo que a éste se le añade para que pueda boyar, como si la calidad de una flota no radicase en el impulso de sus capitanes sino en la presencia de un remo cualquiera.

Vivir entre alambradas ideológicas, mercenarias ahora de una tonalidad, después de otra, hoy de parte de una diestra mano, mañana de la mano más siniestra.

Nada hermoso es sentir que presiones insensatas obligan a servir causas sin fe sólo porque el sentido de humanidad nos aconseja aborrecer a la miseria y a la muerte, fomentadas a veces en nombre de las revoluciones más absurdas. Y cómo esas influencias, vengativas después, antes supuestamente amigas, nos lanzan a la incomodidad de una vida inhumana en nombre de la más personal injusticia. Entonces somos víctimas doloridas de todos esos reflejos condicionados que emanaciones de sectores ambientales interesados nos hacen sentir.

No, no es ni bello ni justo ni poético verse inclinado a ser el subalterno de quien no debe dirigir sino escuchar. No es hermoso engañar constantemente las ansias más legítimas con sustitutivos de falsos resultados. Peor cosa que ese desierto de esperanzas fallidas o promesas sin cumplimiento, no hay. Porque habitualmente lo único que nos rodea es la indiferencia de todo aquel que sabe... pero finge no conocer, o no quiere ayudar. Son apenas algunas de las tantas angustias que nos aquejan a casi todos y a través de las cuales existe un vínculo simbólico cuya más plástica corporeización es la figura

del intelectual. Situaciones creadoras de una contraenseñanza colectiva en que las mayorías aprenden a ver las cosas desnaturalizadas; las *desaprenden* asimilándolas al revés y enseñándolas a sus hijos en sentido contrario. Historia hecha con la cabeza para abajo, implicadora de ese doble mal que es corolario de seguir un reloj con los pasos contrarios a su verdadero destino.

Deben saberlo el religioso, el sacerdote y el soldado, el comerciante y el amigo extranjero. No vaya a ser que las buenas intenciones de esos sectores se estrellen interminablemente contra el mismo arrecife de sal.

Son penurias que van de quien las sufre en el pasado como un Cristo a quien las siente hoy. Y no hay razón para dejar que los políticos atribuyan los mencionados males al Gobierno y los extremistas al Imperialismo. Semejantes acusaciones falsas tienden sólo a perpetuar el hecho y a dejar que la historia se repita, congelada siempre en el hielo de las mismas palabras.

Como en nuestro medio cultural se precisa ansiosamente del orden y la realización, el intelectual símbolo no debe representar más la vicisitud, sino la realización y el orden. Busquemos, pues, esas cualidades en el "hombre cuyo nombre vincúlase también al nombre de América", según reza la potente sentencia de Jorge Luis Borges: Pedro Henríquez Ureña.

Las virtudes mencionadas se pueden comprobar tras la lectura, en el dignísimo educador dominicano, de tres ensayos cuyo estilo constituye un ejemplo excelente de claridad y disciplina, dos condiciones que fueron siempre para él todo el secreto de la expresión. "Afinar —decía— definir con ansia de perfección. El ansia de perfección es la única norma."

Los susodichos tres ensayos son tres ejemplos de clásico equilibrio: *Cervantes*, acerca de la obra máxima de la novela hispánica; *Enriquillo*, cumbre de la narración dominicana, y su ensayo sobre la novela norteamericana que figura en un trabajo denominado *Veinte Años de Literatura en Estados Unidos*. Porque creo que esa síntesis reúne en un solo haz de

propósitos mundos inseparables: el de la Madre Patria, el de la nuestra, y el de nuestra eterna y mejor amiga: Norteamérica.

## C E R V A N T E S

El concepto de orden se basa casi totalmente en la prelación, en la sensatez lógica como norma distributiva: lo primero debe ir primero, lo segundo después, y así sucesivamente. Fuera de esta norma cada cosa ocupará su lugar y además, primordialmente tratándose de la cultura, debe figurar cada aspecto en su sitio según la importancia que tenga.

En el estudio sobre Cervantes, que Pedro Henríquez Ureña centra en su máxima obra más que en la persona del autor, el enlace histórico es la estancia inicial. Lógicamente no puede haber mayor motivación en una obra humana que la historia. La época es, pues, lo primero y con ello su origen cultural. La presenciamos como una obertura grandiosa digna de la famosa novela analizada:

“La gran epopeya cómica —empieza el ensayo— como puerta de trágica ironía, se cierra sobre las ideales andanzas de la edad media y las nunca satisfechas ambiciones del renacimiento y se abre sobre las prosaicas perspectivas de la edad moderna.”

Esa es la primera estancia. La próxima es el acercamiento a la obra, ambientación; seguridad en los pasos hacia la visión total, juicio certero a causa de la clara información cultural que la cautela crítica obtiene acerca de la pieza literaria y su época, el siglo XVII.

Aquí expresa el imparcial comentario de Henríquez Ureña lo siguiente:

“Para el siglo XVII, el Quijote fue sobre todo obra de divertimento y solaz, la mejor de todas, a no dudarle. Hubo, seguramente, quienes le adivinaron sentidos más hondos; absurdo sería negar de plano la penetración delicada a toda una época. Leyendo la crítica de la obra de Cervantes desde sus comienzos, se hallarán, de cuando en cuando,

anticipaciones a nuestras ideas modernas. Pero su rareza será la prueba mejor del criterio entonces predominante: el criterio realista y mundano que personifican hombres como Bacon, y Gracián, y la Rochefoucauld.”

El tercer paso de este ensayo es la entrada a la obra misma, al interior de su estructura:

“Durante mucho tiempo, se estimó mejor la Primera Parte del Quijote que la segunda. “Nunca segundas partes fueron buenas”, se repetía. Ya se ve: la Primera parte es la más regocijada y ruidosa; allí Cervantes, en ocasiones, parece desamorado y duro para con su héroe. Hoy entre los mejores aficionados al Quijote, la Segunda parte, llena de matices delicados, de sabiduría bondadosa, humana, es la que conquista todas las preferencias. Es la glorificación moral del Ingenioso Hidalgo.”

Cuarta etapa: Estamos ante el personaje. Llegamos al centro de gravedad de la obra artística, a su principal fuente de emanación humana:

“Este caballero andante, con su amor al heroísmo de la Edad Media y su devoción a la cultura del Renacimiento, es víctima de la nueva sociedad, inesperadamente mezquina, donde hasta los duques tienen un alma vulgar; ejemplo vivo de como las épocas cuyos ideales se simbolizan en la aventura, primero, y luego en las Utopías y Ciudades del Sol, vienen a desembocar en la era donde son realizaciones distintivas los códigos y la economía política. En vidas como la de Beethoven, como la de Shelley, hay asombrosos casos de choque quijotesco con el ambiente social.”

Finalmente, el gran crítico, maestro de la observación y la deducción filológica, que ha entrado al personaje Don Quijote de la Mancha termina quedándose en él, porque sabe que hablar del Quijote saliéndose del Quijote es referirse a los detalles escapando a lo esencial.

“Heine —que comenzó quijotesicamente su carrera, renunciando a enorme fortuna para ser poeta —es uno de los primeros en dar voz a esta nueva interpretación” —señala el ensayista que estudiamos—. Con él Don Quijote va a ser, no el

tipo del idealista “que no se adapta, sino el símbolo de toda protesta contra las mezquindades innecesarias de la vida social, en nombre de ideales superiores.”

A esta altura el orden (incluyendo el moral) se ha hecho evidente, la elocuencia penetra nuestra sensibilidad, esta elocuencia se mantiene hasta que el gran literato pone a sus palabras el toque final: “Y este Don Quijote, maestro de energía y de independencia, seguido por Sancho, modelo ya de humildes entusiastas de lo que a medias comprenden pero adivinan magno; este espejo de caballeros, está sobre todo en la Segunda Parte de la novela, hondamente humana, crepuscular y majestuosa.”

## ENRIQUILLO

Con Enriquillo el bien dibujado plano del orden se repite:

Primero: Biografía de la época.

“No era la tranquila existencia de antes de 1810 donde las prohibiciones políticas empujaban al criollo hacia la lectura y escritura como refugio contra la modorra colonial”.

Segundo: Biografía intelectual del autor: no tonta biografía de cosas baladíes, sino biografía intelectual. Relación entre el escritor y su obra, desentrañando las conexiones que establecen esa relación. Por ejemplo, qué pensaba Galván del mundo (“Escritor —cuenta el comentarista— de tradición clásica con tolerancia para el romanticismo”). A quién leía: en España, Jovellanos y Quintana; fuera, Scott y Chateaubriand, “cuanto vino después —interviene— resaltaba en él como mera adición, cosa accidental, no sustantiva”. Cuáles hechos de su vida personal lo condujeron a escribir su novela (De acuerdo con los hábitos de entonces, Galván, escritor, abogado, va hacia la política; su actitud será de conservador, de amigo de las tradiciones, con tolerancia para las tendencias liberales).

La erudita voz que interviene, organizando para el lector las diferentes informaciones, es la de Pedro Henríquez Ureña,

quien afirma en este ensayo cosas que nadie ha variado jamás.

Y así, gracias al extraordinario poder de síntesis del gran crítico, pasamos al tercer punto, en riguroso orden. Este será la obra misma desde dentro. Lo que tiene de importancia para su generación y para las futuras. Impulsado por su voluntad de organización, P. H. U. sale al paso a las falsas ideas que gravitando sobre la novela, oscurecen su verdadero sentido. De leyenda no tiene nada. Era el romanticismo el que daba en América ese nombre a las obras de ficción tejidas con hijos de historia. Pero en esta novela no hay nada de legendario ni fantástico: todo lo que no es rigurosamente histórico, es claramente verosímil. Si se cambian nombres a personajes indios, como el histórico de Lucía por Mencía, nieta al fin de Caonabó, o si se hacen entronques familiares que parecen antojadizos, se apoya en el recuerdo de algún ascendiente de la familia real que murió ahorcado en los primeros años de la conquista. Tampoco importa mucho que Galván cree personajes nuevos como Pedro de Múgica, un negro embetunado a quien Colón tuvo que arrojar de una almena porque condenado a la horca, "dilataba la ejecución diciéndole al confesor que no recordaba todos los pecados que debía declarar para morir en paz". Nada de eso es literariamente errado, porque "en lo sustancial, la novela se ciñe con extraordinaria fidelidad a la historia".

Le hemos escuchado por entre los sugestivos huecos de sus propias palabras. En ellos está su apego a lo que realmente vale y su desapego ya normativo a aquello que para los fines culturalmente pertinentes, no tiene ninguna importancia.

El autor de las Corrientes Literarias de la América Hispánica toma partido siempre, pero lo hace al lado del creador. Enriquillo es un cuadro —asegura para finalizar— de los comienzos de la vida nueva en la América conquistada que representa la imagen de la verdad, superior a los alegatos de los disputadores: el bien y el error —enfatisa— la oración y el grito, se unen para concertarse en armonía final, donde españoles e indios arriban a la paz y se entregan a la fe y a la esperanza".



Teóricamente, las notas finales de su trabajo sobre Enriquillo, representan ese permanente espaldarazo que él ha querido dar siempre a la armonía.

## VEINTE AÑOS DE LITERATURA EN ESTADOS UNIDOS

(*Estudio Sobre la Novela*)

La novela es un género democrático. Florece donde la flexibilidad social permite ver la vida tal como es. Por eso creo que el mejor estudio acerca de las letras norteamericanas lo hace Pedro Henríquez Ureña sobre la novela:

“La novela —opina el dominicano universal— está saturada de problemas nacionales. Los trae en solución desde los tiempos de Howells y James, a quien le fascinaron las vicisitudes del descastamiento, el caso del hombre de América en Europa; se hacen densos en Edith Wharton: Aspero sabor el de *La Costumbre del País!* Ahora abundan los novelistas de problemas. Uno de los que dan la pauta es Sinclair Lewis: en *Main Street* pintó el cerrado horizonte de las ciudades pequeñas; en *Babbitt* el conflicto y la derrota del hombre de negocios a quien la sociedad lo amenaza con el ostracismo si no acepta sumisamente sus dogmas y lo compra con la ayuda afectuosa en momentos difíciles; en *Arrowsmith*, la batalla que ha de reñir el hombre de ciencia para defender su labor desinteresada contra la rapacidad del dinero, codicioso de anexársela y esclavizarla a sus miras; en *Elmer Gantry*, la picaresca historia de la religión convertida en empresa. Difuso en la narración, inseguro en la crítica, Sinclair Lewis se impone por la fuerza instintiva con que concibe situaciones y problemas. Junto a los que hacen crítica de la vida en novela y cuento, están los que hacen caricatura, como Ring Lardner, cuya amarga sátira se emboza en la capa pintoresca del *slang*, el habla popular espejeante de modismos”.

Esto es sólo un párrafo en el estilo de Pedro Henríquez

Ureña. Al leerlo tenemos que recordar lo que de él ha dicho Carlos D. Hamilton: hay más información en un sólo ensayo de Henríquez Ureña que en todos los textos de nuestra cultura reunidos. Maravilla lingüística de la densidad que sólo es posible por el milagro de la condensación en que el más actual conocimiento va expuesto en la más exacta palabra. Y aquí en este punto de nuestro análisis hubiera comentado Anderson Imbert: "Lo que a nosotros más nos asombraba era que tanto saber y tanta comprensión pudieran mostrarse así, tan sencillamente." Muchas de estas opiniones han sido recogidas por Juan Jacobo de Lara en su obra sobre Pedro Henríquez Ureña, editada por la UNPHU.

Vimos como describe a base de metáforas críticas que señalan a un tiempo mismo las dos caras de la creación novelesca: la irregularidad y la seguridad, la fuerza y la vaguedad en S. Lewis; densidad y vicisitud en Edith Wharton; conservación e innovación técnica en Dreiser, Willa Cather... y hasta el propio Lewis. Pero también su análisis llega hasta Sherwood Anderson, John Dos Passos y Branch Cabell.

"Unos son intuitivos —indica— otros, imaginativos. Pero los dos tendencias se combinan en Waldo Frank"

De modo que utiliza para su estudio en este género de la única técnica factible en la novela, la técnica vital.

"Es novedad —observa él con curiosidad penetrante— la preferencia dedicada al término medio: al hombre de tipo medio, a la ciudad de tipo medio. Antes, en Europa como en América, las preferencias corrían hacia los extremos: héroes o fieras, ricos o pobres, aristócratas o rústicos. Para el término medio, el hombre mediocre, el vulgo, bien poca simpatía. Cuando los realistas franceses lo adoptan, es para tratarlo con desoladora sequedad. Pero en los Estados Unidos el hombre medio es todo: el archimillonario piensa como el comerciante modesto; el proletario es de origen extranjero, y su ascenso en nivel económico coincide siempre con su *americanización* en ideas. No se comprenderá el país sin estudiar el hombre medio. Y la novela hace de él su asunto esencial."

Estas palabras se refieren a un tema favorito de nuestro

escritor: el equilibrio. Su amigo Alfonso Reyes señala esa tendencia que tanta falta hace entre nosotros.

“Modelo de sobriedad suficiente, decía Reyes, el molde era siempre del tamaño de la idea que encerraba.”

Este pensador que ahora citamos se refiere también a otras cualidades, “casticidad”, “sustancia”, “voluntad de forma”. Pero nosotros queremos subrayar en P. H. U. la presencia del orden y el equilibrio que él encuentra en una novela que hace de su centro caracterológico al hombre medio como es la novela norteamericana. A ese respecto, expresa, además:

“Como en los asuntos, en el orden técnico hay conservación e innovación. Los conservadores se atienen a los moldes del pasado, a las herencias del romanticismo y del realismo: unos perezosamente, esquivando el esfuerzo de inventar formas, como Sinclair Lewis y Theodore Dreiser; otros, activamente, con inteligencia vigilante, como Willa Cather, en quien descubrimos la intuición de la soledad del alma del norteamericano que no se embriaga con la fruición de las cosas materiales.”

Apuntando siempre a un centro clásico, no escapa al sentido de equilibrio su visión de los problemas modernos. A intuitivos e imaginativos les descubre sus mecanismos técnicos: en aquéllos (intuitivos) la novela se desenvuelve fuera del tiempo real— observa atinadamente— éstos adornan su prosa con imágenes complejas, tejidas con hilos arrancados a su trama. Para el primer grupo en que se destaca Sherwood Anderson “el río que nace en Rojo y Negro va a desembocar en el Ulises de James Joyce. La imaginería de los otros, situados siempre a distancia del espectáculo, para evocar de lejos, escogiendo perspectivas— es adorno pintoresco en Carl Van Vechten o Ernest Hemingway; reconstrucción de ambientes remotos como en Joseph Herghersheimer.”

Como para coronar el pleno dominio que sobre las corrientes culturales del gran país del Norte despliega este maestro de maestros, coloso cultural en quien es posible la personificación de una síntesis para tres mundos amigos, tres

culturas que deben convivir y trabajar, se nota siempre su deseo de claridad y disciplina, de amor, de imparcialidad.

Recuérdese que no hay otro método posible para analizar la novela que la imparcialidad. Ella es luz y sombra, bien y mal, y cuanto más disímiles sean los universos psicológicos en ella envueltos, más democrática es y más vital. Alzas y bajas, buenas y malas constituyen la cambiante sustancia de la vida, si retraemos, a través de nuestras propias palabras, las ideas del filósofo Ortega y Gasset. En el arte literario la novela es el género que estudia la vida; por eso es el género esencial en el sistema que más la preserva y la toma en cuenta: la Democracia, cuyo mejor exponente real se halla en Norteamérica. Mas como no sería posible la libertad sin disciplina, la vida sin norma organizada, el mejor modelo intelectual no puede ser la anarquía sino la paz que se siente cada vez que el estilo vislumbra la armonía, busca la cultura y tiende a lo que hubiera agradado tanto a Henríquez Ureña para un final de ensayo: la esperanza y la fe.

*El presente es un artículo basado en una conferencia sobre Pedro Henríquez Ureña, ofrecida por Ramón Emilio Reyes en la Biblioteca Nacional como parte de un ciclo acerca del egregio intelectual dominicano.*